

GEORGE S. CLASON

— EL —
HOMBRE
— MÁS —
RICO
— DE —
BABILONIA

Los siete principios fundamentales
para alcanzar el éxito financiero

booket

George S. Clason

El hombre más rico de Babilonia



EL HOMBRE QUE DESEABA ORO



Bansir, el fabricante de carros de la ciudad de Babilonia, se sentía muy desanimado. Sentado en el muro que rodeaba su propiedad, contemplaba tristemente su modesta casa y su taller, en el que había un carro sin acabar.

Su mujer salía a menudo a la puerta. Lanzaba una mirada furtiva en su dirección, recordándole que ya casi no les quedaba comida y que tendría que estar acabando el carro, es decir, clavando, tallando, puliendo, pintando y extendiendo el cuero sobre las ruedas, preparándolo de este modo para que sea entregado y pagado por el adinerado cliente.

Sin embargo, su cuerpo grande y musculoso permanecía inmóvil, apoyado sobre la pared. Su mente lenta daba vueltas a un asunto al que no encontraba solución alguna. El cálido sol tropical, tan típico del valle del Éufrates, caía sobre él sin piedad. Gotas de sudor cubrían su frente y se deslizaban hasta su pecho velludo.

Su casa estaba cubierta, en la parte trasera, por los muros que rodeaban las terrazas del palacio real. Muy cerca de allí, la torre pintada del templo de Bel se recortaba contra el azul del cielo.

A la sombra de una majestad tal se dibujaba su modesta casa, y muchas otras también, menos limpias y cuidadas que la suya.

Así era Babilonia: una mezcla de suntuosidad y simplicidad, de cegadora riqueza y de terrible pobreza, sin orden alguno en el interior de las murallas de la ciudad.

Si se hubiera molestado en darse la vuelta, Bansir habría visto cómo los ruidosos carros de los ricos empujaban y hacían tambalearse tanto a los comerciantes que llevaban sandalias como a los mendigos descalzos. Incluso los ricos estaban obligados a meter los pies en los desagües para dejar paso a las largas filas de esclavos y de portadores de agua al servicio del rey. Cada esclavo llevaba una pesada piel de cabra llena de agua que vertía en los jardines colgantes.

Bansir estaba demasiado absorto en su propio problema como para oír o prestar atención al ajetreo confuso de la rica ciudad. Fue el sonido familiar de una lira lo que lo sacó de su ensoñación. Se dio la vuelta y vio el rostro expresivo y sonriente de su mejor amigo, Kobi, el músico.

—Que los dioses te bendigan con gran generosidad, mi buen amigo —dijo Kobi, a modo de saludo—. Pero me parece que son tan generosos que ya no tienes ninguna necesidad de trabajar. Me alegro de que tengas esa suerte. Es más, me gustaría compartirla contigo. Te ruego que me hagas el favor de sacar dos séqueles de tu bolsa, que debe estar bien llena, puesto que no estás trabajando en tu taller, y me los prestes hasta después del festín de los nobles de esta noche. No los perderás, te serán devueltos.

—Si tuviera dos séqueles —respondió tristemente Bansir—, no podría prestárselos a nadie, ni a ti, mi mejor amigo, porque serían toda mi fortuna. Nadie presta toda su fortuna ni a su mejor amigo.

—¡Qué! —exclamó Kobi, sorprendido—. ¿No tienes ni un séquel en tu bolsa y permaneces sentado en el muro como una estatua? ¿Por qué no acabas ese carro? ¿Cómo sacias tu hambre?

No te reconozco, amigo mío. ¿Dónde está tu energía desbordante? ¿Te aflige alguna cosa? ¿Te han causado los dioses algún problema?

—Debe de ser algún sufrimiento que me han enviado los dioses —comentó Bansir—. Comenzó con un sueño, un sueño que no tenía sentido, en el que yo creía que era un hombre afortunado. De mi cintura colgaba una bolsa repleta de pesadas monedas. Tenía séqueles que tiraba despreocupadamente a los mendigos, monedas de oro con las que compraba accesorios para mi mujer y todo lo que deseaba para mí; incluso tenía monedas de oro que me permitían mirar confiadamente el futuro y gastar con libertad. Me invadía un maravilloso sentimiento de satisfacción. Si me hubieras visto, no habrías conocido en mí al esforzado trabajador, ni en mi esposa a la mujer arrugada; habrías encontrado en su lugar una mujer con el rostro rebosante de felicidad que sonreía como al comienzo de nuestro matrimonio.

—Un bello sueño, en efecto —comentó Kobi—; pero ¿por qué sentimientos tan placenteros te habrían de convertir en una estatua apoyada sobre el muro?

—¿Por qué? Porque, en el momento en que me he despertado y he recordado hasta qué punto mi bolsa se encontraba vacía, me ha invadido un sentimiento de rebeldía. Hablemos de ello. Como dicen los marinos, los dos remamos en la misma barca. De jóvenes fuimos a visitar a los sacerdotes para aprender su sabiduría. Cuando nos hicimos hombres, compartimos los mismos placeres. Ya adultos, siempre hemos sido buenos amigos. Estábamos satisfechos de nuestra suerte. Éramos felices de trabajar largas horas y de gastar libremente nuestro salario. Ganamos mucho dinero durante los años pasados, pero los goces de la riqueza solo los hemos podido experimentar en sueños. ¿Somos acaso estúpidos borregos? Vivimos en la ciudad más rica del mundo. Los viajeros dicen que ninguna otra ciudad la iguala. Ante nosotros se extiende esta riqueza, pero no poseemos nada de ella. Tras haber pasado la mitad de tu vida

trabajando arduamente, tú, mi mejor amigo, tienes la bolsa vacía y me preguntas: «¿Me puedes prestar una suma tan insignificante como dos séqueles hasta después del festín de los nobles de esta noche?». ¿Y qué es lo que yo te respondo? ¿Digo que aquí tienes mi bolsa y que comparto contigo lo que tengo en ella? No, admito que mi bolsa está tan vacía como la tuya. ¿Qué es lo que no funciona? ¿Por qué no podemos conseguir más plata y más oro, más de lo necesario para poder comer y vestirse? Consideremos a nuestros hijos. ¿No están siguiendo el mismo camino de sus padres? ¿También ellos con sus familias, y sus hijos con las suyas, tendrán que vivir entre los acaparadores de oro y se tendrán que contentar con beber la consabida leche de cabra y alimentarse de caldo claro?

—Durante todos estos años que hemos sido amigos, nunca habías hablado así —replicó Kobi, intrigado.

—Durante todos estos años, jamás había pensado así. Desde el alba hasta que me hacía parar la oscuridad he trabajado haciendo los más bellos carros que pueda fabricar un hombre, sin casi atreverme apenas a esperar que un día los dioses reconocerían mis buenas obras y me darían una gran prosperidad, lo que jamás han hecho. Al fin me doy cuenta de que nunca lo harán. Por eso estoy triste. Deseo ser rico, quiero poseer tierras y ganado, lucir bellas ropas y llenar mi bolsa de dinero. Estoy dispuesto a trabajar para ello con todas mis fuerzas, con toda la habilidad que mis manos tienen, con toda la destreza de mi cabeza, pero deseo que mis esfuerzos sean recompensados. ¿Qué nos ocurre? Te lo vuelvo a preguntar. ¿Por qué no tenemos una parte justa de todas las cosas buenas, tan abundantes, que pueden conseguir los que poseen el oro?

—¡Ay, si conociera la respuesta! —respondió Kobi—. Yo no estoy más satisfecho que tú. Todo el dinero que gano con mi lira se gasta rápidamente. A menudo he de planificar y calcular para que mi familia no pase hambre. Yo también tengo en mi fuero interno el deseo de tener una lira suficientemente grande para hacer resonar la

grandiosa música que me viene a la mente. Con un instrumento así podría producir una música tan suave que ni el mismo rey habría oído nunca nada parecido.

—Tú deberías tener una lira como esta. Nadie en la ciudad de Babilonia podría hacerla sonar mejor que tú, hacerla cantar tan melodiosamente que, no solo el rey, sino los mismos dioses quedarían maravillados. Pero ¿cómo podrías conseguirla si tú y yo somos tan pobres como los esclavos del rey? ¡Escucha la campana! ¡Ya vienen! —Señaló a una larga fila de hombres medio desnudos, eran los portadores de agua que venían del río, sudando y sufriendo, por una estrecha calle. Caminaban en pequeñas filas de a cinco encorvados bajo la pesada piel de cabra llena de agua.

—El hombre que los guía es hermoso —Kobi señaló al hombre que tocaba la campana y andaba al frente de todos, sin carga—. En su país es fácil encontrar a hombres hermosos.

—Hay varios rostros bellos en la fila —dijo Bansir—, tanto como los nuestros: hombres altos y rubios del norte, hombres negros y risueños del sur, y pequeños y morenos de los países vecinos. Todos caminan juntos, van del río a los jardines, y de los jardines al río, cada día de cada año. No pueden esperar ninguna felicidad. Duermen sobre lechos de paja y comen gachas. ¡Me dan pena esos pobres animales, Kobi!

—A mí también me dan pena, pero me hacen recordar que nosotros no estamos mucho mejor que ellos, aunque nos llamen «libres».

—Es cierto, Kobi, pero no me gusta pensar en eso. No queremos seguir viviendo como esclavos año tras año. Trabajar, trabajar, trabajar... ¡Y no llegar a nada!

—¿No deberíamos, acaso, intentar averiguar cómo los otros consiguieron su oro y hacer como ellos? —preguntó Kobi.

—Tal vez haya un secreto que podemos aprender simplemente si encontramos a los que lo conocen —respondió Bansir, pensativo.

—Hoy mismo —añadió Kobi— me he cruzado con nuestro viejo amigo Arkad, que se paseaba en su carro dorado. Te diré que ni me ha mirado; una cosa que algunos de los de su clase creen tener derecho a hacer. En vez de eso ha hecho una señal con la mano para que los espectadores pudieran verle saludar y conceder el favor de una sonrisa amable a Kobi, el músico.

—Sí, dicen que es el hombre más rico de toda Babilonia —dijo Bansir.

—Tan rico, dicen, que el rey recurre a su oro para asuntos del tesoro —contestó Kobi.

—Tan rico —comentó Bansir— que si me lo encontrara de noche estaría tentado de vaciarle la bolsa.

—¡Eso es absurdo! —replicó Kobi—. La fortuna de un hombre no está en la bolsa que lleva consigo. Una bolsa bien repleta se vacía con rapidez si no hay una fuente de oro para llenarla. Arkad tiene unos ingresos que mantienen su bolsa llena, gaste como gaste su dinero.

—¡Los ingresos!, ¡eso es lo importante! —dijo Bansir—. Deseo una renta que continúe alimentando mi bolsa, tanto si me quedo sentado en el muro de mi casa como si viajo a lejanos países. Arkad debe de saber cómo un hombre puede asegurarse una renta. ¿Crees que será capaz de explicárselo a alguien con una mente tan torpe como la mía?

—Creo que enseñó su saber a su hijo Nomasir —respondió Kobi—. Este fue a Nínive y, según dicen en la posada, se convirtió, sin la ayuda de su padre, en uno de los hombres más ricos de la ciudad.

—Kobi, lo que acabas de decir ha hecho nacer en mí una luminosa idea. —Un nuevo brillo apareció en los ojos de Bansir—. Nada cuesta pedir un sabio consejo a un buen amigo, y Arkad siempre ha sido un amigo. No importa que nuestras bolsas estén tan vacías como el nido de halcón del año anterior. No nos

detengamos por eso. No nos inquietemos por no poseer oro en medio de la abundancia. Deseamos ser ricos. ¡Ven! Vayamos a ver a Arkad y preguntémosle cómo podríamos conseguir ganancias por nosotros mismos.

—Hablas colmado por una auténtica inspiración, Bansir. Traes a mi mente una nueva visión de las cosas. Me haces tomar conciencia de la razón por la que nunca hemos tenido nuestra parte de riqueza. Nunca la hemos buscado activamente. Tú has trabajado con paciencia para construir los carros más sólidos de Babilonia. Has concentrado en ello todos tus esfuerzos y lo has conseguido. Yo me he esforzado en convertirme en un hábil músico, y lo he logrado. En lo que nos hemos propuesto triunfar, hemos triunfado. Los dioses estaban contentos de dejarnos continuar así. Ahora, por fin vemos una luz tan brillante como el amanecer. Nos ordena que aprendamos más para hacernos más prósperos. Encontraremos, con un nuevo entendimiento, maneras honorables de cumplir nuestros deseos.

—Vayamos hoy a ver a Arkad —dijo Bansir—. Pidamos a los amigos de nuestra infancia que tampoco han triunfado que se unan y que compartan con nosotros esa sabiduría.

—Eres, en verdad, un amigo considerado, Bansir. Por eso tienes tantas amistades. Haremos como dices. Vayamos hoy a buscarlos y llevémoslos con nosotros.